

Me pareció que estrechaba la mano de una niña de seis años; mi cuchillo cayó al suelo, y un espeso velo se extendió sobre mi chuleta.

De pronto, sentí la mano vacía, abrí los ojos, vi turbada á la joven, miré á mi alrededor: ¡oh, cielos! estaba allí un guapo joven, con la chaqueta bordada, el pantalón «colant», el sombrero de terciopelo, ¡oh, terror! ¡un torero! Temblé cual si me hubiera sentido en el cuello un par de «banderillas de fuego».

—¡Comprendí á media palabra!—me dije.—Como aquel personaje de la comedia «Mujeres y bueyes».

La joven, un poco turbada, hizo la presentación: «Un italiano de paso por Córdoba», y añadió en seguida: «que desea saber á qué hora sale el tren para Sevilla».

El «torero», que al verme había arrugado el entrecejo, se serenó al oír aquellas palabras, díjome la hora de salida, se sentó, y entablamos una amistosa conversación. Pedíle noticias de la última corrida que se había verificado en Córdoba; como era «banderillero», me contó punto por punto todas las peripecias de la jornada. La joven, en tanto, cogía flores de la maceta. Terminé mi almuerzo, ofrecí al torero un vaso de vino de Málaga, brindé á la dichosa «plantación» de todas las «banderillas» del porvenir, satisfice el gasto («tres pesetas», los hermosos ojos iban también comprendidos, se sobrentiende), y después, con un arranque de audacia para disipar hasta la sombra de una duda en el espíritu de mi formidable adversario, dije á la joven:

—¡Señorita! Nada se niega á quien se marcha: soy para usted como un moribundo; nunca volverá usted á verme, ni oírá jamás pronunciar mi nombre; puede usted, por tanto, dejarme un recuerdo: déme usted ese ramo de flores.

—Tómelo usted, que para usted lo había hecho. Y miró al «torero»; éste hizo un signo de asentimiento.

—«Le doy las gracias con toda la fuerza de mi

corazón»—respondí; y me levanté para salir. Eos dos me acompañaron hasta la puerta.

—«¿Hay corridas de toros en Italia?»—me preguntó el joven.

—¡Oh, no! No las tenemos todavía.

—¡Qué lástima! Procuren ustedes ponerlas de moda en Italia y yo iré á «banderillar» en Roma.

—Por mi parte haré lo que pueda. Señorita, tenga usted la bondad de decirme su nombre para poderla saludar.

—Consuelo.

—«Quédese usted con Dios, Consuelo!»

—«Vaya usted con Dios, señor italiano».

Y tomé la solitaria calle.

En los alrededores de Córdoba no hay monumentos árabes dignos de ser vistos. Antes, todo el valle estaba sembrado de soberbios edificios. A tres millas al norte de la ciudad, sobre la pendiente de una montaña, se eleva Medina-Az-zahra, la ciudad de las flores, una de las obras arquitectónicas más maravillosas del califato de Abderrhamán III, dedicada por el mismo califa, como homenaje, á una de sus favoritas, llamada Az-zahra. Las primeras piedras fueron echadas el año 936 y diez mil obreros se ocuparon en las obras durante veinticinco años. Los poetas árabes celebraron Medina-Az-zahra como la más espléndida de las residencias reales y el más delicioso jardín de la tierra. Más que un edificio era un vasto conjunto de palacios, jardines, patios, pórticos y torres. Allí se veían árboles traídos de la Siria, fuegos fantásticos en altas fuentes, riachuelos bordeados de palmeras, grandes estanques que brillaban al sol como lagos de fuego; puertas de ébano y marfil incrustadas de diamantes, millares de columnas del más precioso mármol, grandes terrazas arenosas, y entre la innumerable multitud de estatuas, doce animales de oro macizo resplandecientes de perlas, que echaban aguas perfumadas por boca y narices.

En este inmenso palacio discurrían millares de servidores, esclavos, mujeres y los músicos y los

poetas acudían á él de todos los ámbitos de la tierra. ¡Y no obstante, ese gran Ab-der-Rhamán III, que vivió en el seno de tantas delicias, que reinó cincuenta años, que fué potente, glorioso y afortunado en todas sus empresas, escribió antes de morir que durante su largo reinado sólo había tenido catorce días de felicidad! Y su encantadora ciudad de flores, sesenta y cuatro años después de haber puesto en ella la primera piedra, fué invadida, saqueada é incendiada por una horda bárbara y salvaje. Hoy sólo quedan de ella algunas piedras que apenas recuerdan su nombre. De otra ciudad magnífica, llamada Zahira, que se elevaba á Oriente de Córdoba, fundada por el poderoso Almanzor, gobernador del reino, sólo quedan también algunas ruinas, un puñado de rebeldes la redujo á cenizas, poco tiempo después de la muerte de su fundador.

«Todo vuelve á su antigua madre». En lugar de dar un paseo en coche por los alrededores de Córdoba, preferí andar errante de aquí para allá, echando cálculos sobre los nombres de las calles, lo que para mí constituye uno de los mayores placeres que puedo disfrutar en una ciudad desconocida. Córdoba, «alma ingeniorum parens», debió escribir en el ángulo de cada calle un nombre de artista ó de sabio ilustre nacido dentro de sus muros; y sea dicho en su honor, se ha acordado de todos con maternal gratitud. Encontráis la plaza de Séneca y la casa, si es que es aquella, donde nació; la calle de Lucano; la de Ambrosio de Morales, el historiador de Carlos V, y continuador de la «Crónica general de España», comenzada por Florián de Ocampo; la calle de Pablo Céspedes, pintor, arquitecto, escultor, arqueólogo y autor de un poema didáctico, «El arte de la pintura», sin terminar por desgracia, y sembrado de maravillosas bellezas. Ardiendo en entusiasmo por Miguel Angel, cuyas obras había admirado en Italia, le dirigió en su poema un himno laudatorio, que es uno de los trozos más bellos de la poesía española. A pesar mío, los últimos

versos de ese himno acuden á la punta de mi pluma. Italia toda, hasta sin conocer la lengua hermana, puede entenderlos y admirarlos. No es necesario creer, dice al lector, que se pueda descubrir la perfección de la pintura en otra parte:

«Que en aquella excelente obra espantosa,
Mejor de cuantas se han jamás pintado,
Que hizo de Buonarrota de su mano
Divina en el etrusco Vaticano.

• Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo
Con nueva maravilla y nuevo espanto,
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.
¡O más que mortal hombre! ¿Angel divino
O cuál te nombraré? No humano cierto
Es tu sér, que del cerco empiéreo vino
Al estilo y pincel, vida y concierto:
Tú mostrastes á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reina virtud: á ti se debe
Honra que en cierto día el sol renueve».

Y murmurando estos versos llegué á la calle de Juan de Mena, el «Ennio español», como le llaman sus conciudadanos, autor de un poema fantasmagórico, intitulado «El Laberinto», imitación de la «Divina Comedia», que alcanzó en sus tiempos una gran reputación, pues tiene realmente algunas páginas de poesía inspirada y profunda, pero que es al propio tiempo frío y henchido de un misticismo pedantesco. Juan II, rey de Castilla, gozaba tanto con este «Laberinto», que lo tenía en su gabinete sobre su pupitre y se lo llevaba á la caza. Pero ¡oh capricho real! el poema no tenía más que trescientas estrofas y Juan II decía que eran pocas. ¿Sabéis por qué? Porque el año

tiene trescientos sesenta y cinco días y le pareció que el poema debía haber tenido tantas estrofas como días el año. Y le suplicó al poeta que compusiera sesenta y cinco más. El poeta le obedeció, dichoso, el muy cortesano, de que se le ofreciera un motivo de lisonjear más todavía, pues había adulado al rey hasta el extremo de pedirle que corrigiera sus versos. De la calle de Juan de Mena pasé á la de Góngora, Marini de la España, no menos grande que éste por su talento, pero más corruptor tal vez de su literatura que lo fué Marini de la nuestra, pues corrompe, estropea y bastardea su idioma de mil maneras. Por ello Lope de Vega dice en un soneto, refiriéndose á un poeta gongoriano:

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—¡Pues vaya si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Pero el mismo Lope no se hallaba de todo punto exento de «gongorismo», cuando tuvo el valor de decir que el Tasso no fué más que la aurora del sol de Marini. Ni tampoco el mismo Calderón ni otros, todos famosos. Pero basta ya de poesía.

Después de la siesta fuí á buscar, á mis dos compañeros, que me llevaron á los arrabales de la ciudad, en los cuales ví por primera vez mujeres y hombres de tipo realmente andaluz, tal como me los había figurado, con ojos, color y actitudes árabes. Oí por primera vez el dialecto particular del pueblo de Andalucía, más movido y musical que el de las dos Castillas, y al propio tiempo más alegre y sembrado de imágenes y acompañado de gestos más vivos.

Pregunté á mis acompañantes si era realmente cierto lo que se dice de Andalucía, esto es, que la precocidad en el desenvolvimiento físico es causa de la precocidad en los vicios y que las costumbres son voluptuosas y los amores sin freno.

—«¡Harto verdadero!»—me respondieron; y dié-

ronme sobre esto detalles é hiciéronme descripciones que no brotarán de mi pluma.

Volvimos á la ciudad y me llevaron á un magnífico casino, con jardines y salas espléndidas. En una de estas salas, la más rica, que adornan los retratos de todos los hombres célebres nacidos en Córdoba, se eleva un estrado al cual suben los poetas para leer sus poesías, en las fiestas solemnes destinadas á las públicas luchas del ingenio; los vencedores reciben coronas de laurel de manos de las más jóvenes é ilustradas señoritas de la ciudad, sentadas en semicírculo en sillas adornadas con guirnaldas de rosas.

Por la tarde tuve el gusto de conocer á muchos jóvenes de Córdoba «ardientemente afectos», como dicen en español, «al cultivo de las musas», francos, «corteses», vivos, con un mundo de versos en la cabeza y un baño de literatura italiana, de modo que desde el anochecer hasta después de media noche, en las misteriosas y reducidas calles que me habían hecho perder la cabeza la noche antes, hubo un cambio ardiente y continuo de sonetos, himnos y baladas en los dos idiomas, desde el Petrarca á Prati, desde Cervantes á Zorrilla, y una alegre conversación sellada y terminada con cordiales y numerosos apretones de mano y ardientes promesas de escribir, de mandar libros, de ir á Italia, de volver á España, etcétera; palabras y nada más, como siempre, pero muy dulces palabras, sin duda alguna.

Al día siguiente salí para Sevilla. En la estación ví á Frascuelo, Lagartijo y el Cuco, y toda la compañía de toreros de Madrid, que me saludaron con una cariñosa mirada de protección. Me metí en un coche lleno de polvo, y cuando el tren se puso en marcha y Córdoba apareció por última vez á mis ojos, la saludé con los versos de un poeta árabe, un poco voluptuosos, si se quiere, para paladares europeos, pero, al fin y al cabo, muy buenos en situación.

«¡Adiós, Córdoba! Para morar siempre dentro

de tu recinto quisiera vivir más tiempo que Noé; quisiera tener los tesoros de Faraón, para gastarlos con tu vino y tus mujeres de dulces ojos, que brindan á los besos».

IX

SEVILLA

El camino de Córdoba á Sevilla no excita la admiración, como el de Toledo á Córdoba, pero es más bello si cabe. Siempre bosques de naranjos, olivares enormes, prados cubiertos de flores.

A poca distancia de Córdoba se ven las torres arruinadas del formidable castillo de Almodóvar, colocado sobre un elevado peñasco que domina un espacio inmenso; en Hornachuelos otro viejo castillo en la cumbre de una colina, en medio de un paisaje solitario y melancólico; más lejos la blanca ciudad de Palma, escondida entre un espeso bosque de naranjos, circuida de hortaliza y jardines. Corre el tren por entre campos de doradas espigas, ceñidos por higueras de la India, pequeñas palmeras, bosques de pinos y espesas plantaciones de árboles frutales. Y á cada instante se ven castillos, colinas, torrentes, esbeltos campanarios de pueblos escondidos entre los árboles y azuladas cumbres de lejanas montañas.

Pero lo que más llama la atención son las pequeñas casas de los campesinos esparcidas á lo largo del camino. No recuerdo haber visto una tan siquiera que no fuese blanca como la nieve. La casa es blanca, los pozales blancos, blanca la pequeña tapia que rodea el jardín, blancos los aleros

y las puertas. Y todo parece haber sido blanqueado el día antes de vuestra visita.

Algunas de esas casas tienen una ó dos ventanas de forma morisca, otras tienen algunos arabescos sobre la puerta, otras cubierto el techo con tejas de diverso color, como las casas árabes. Por un lado y otro se ven mantas encarnadas y blancas de los campesinos, sombreros de terciopelo entre la hierba, fajas de todos colores.

Los campesinos que se ven frente á sus casas; ó los que corren para ver pasar el tren, van vestidos como nos los representan los cuadros de hace cuarenta años. Llevan un sombrero de terciopelo con grandes alas un poco levantadas, y de copa pequeña y en forma de pilón de azúcar, una chaqueta corta, chaleco abierto, pantalones que llegan sólo á las rodillas, como los de los curas, polainas que suben hasta el pantalón y una faja alrededor de la cintura. Esta moda, molesta, pero bonita, sienta á maravilla á las formas esbeltas de esos hombres, que prefieren mucho más estar hermosos, aun á costa de su comodidad, á vestir más holgadamente, pero sin gracia. Y pasarán sin duda su media horita todas las mañanas, componiéndose para lograr que su pantalón haga resaltar las caderas y la bien torneada pierna. Nada tienen de común con nuestros campesinos del Norte, de fisonomía dura y apagados ojos. Estos fijan sonriendo sus ojos en vosotros, cual si dijeran: «¿No me conoce usted?» Lanzan miradas atrevidas á las señoras que asoman por las ventanillas del vagón; corren á ofreceros un cigarro antes que se lo hayáis pedido; alguna vez responden en verso á vuestras preguntas, y son capaces de reirse para mostraros sus blancos dientes.

Al llegar á Rinconada se empieza á ver, siguiendo la vía férrea, el campanario de la catedral de Sevilla, y á la derecha, al otro lado del Guadalquivir, las hermosas colinas cubiertas de olivares, á cuyos pies yacen las ruinas de Itálica.

El tren volaba y yo me hablaba á mí mismo á